

Después de la gran crisis, la tribu se agrieta y separa. Este es un momento clave. El crecimiento explosivo es un talón de Aquiles formidable en una sociedad de recolectores. La calidad de vida se deteriora, se abre la posibilidad de discusiones y peleas internas. La falta de correlación entre la producción de alimentos y la población, provoca quiebres en la propia biosfera. La tribu se rompe. «Tuvieron paz. Y volvieron a crecer en número»⁸⁵. La aparición de clanes «hermanos» es un aspecto visible en el relato. En la nueva raíz, la cautela. Sobre nuevos temores, reservas, celos y reservas de pánico, un fondo de naturaleza sospechada. Animadversión contra la biosfera y contra las hembras. Un biotropismo singular e inconsciente. La tribu con la propiedad de los microbios o virus, es decir de no poder desarrollarse más que entre los seres vivos. El hambre permanece agazapada, escondida, al borde siempre de un ataque.

V. Los desastres ecoantropológicos

Tampoco hay una *Edad de Oro* toba, sino varias intercaladas entre catástrofes. Tampoco son épocas maravillosas. El esfuerzo es siempre intenso. Entre los matacos existía el relato de una cucaña, un tiempo dorado donde los mistoles (zizypus) se introducían ellos mismos en las bolsas de caraguatá, sin necesidad de que las mujeres tuviesen que recolectarlos⁸⁶.

Después hubo otra gran innovación. «Aparecieron nadando peces dentro de las casas. Las gentes ya no tenían dónde poner los pies. Entonces comenzaron a alzar los fuegos para arriba de los árboles»⁸⁷. Al apagarse los fuegos, los tobas se morían de hambre encima de los árboles, «se caían al agua y las palometas los hacían pedazos»⁸⁸. Los sobrevivientes de la tribu volvieron a escindirise «y otra vez el pueblo comenzó a crecer en número»⁸⁹. Cada nuevo clan hijo, se fundaba en las fisuras del ecosistema, lo que demostraba la fragilidad de un modo de producir de los recolectores. La fragmentación tribal sucedía mucho más rápido que las hambrunas, casi como una profilaxis advertida.

Previos a estos desastres, en el relato aparecen *dos grandes incendios*. Chüquí, que es el primitivo hechicero, los predijo. Ante la palabra Chüquí, ya no se oye el concepto carancho, sino hechicero. «Chüquí (don Carancho) es famoso y de confianza»⁹⁰. Uno de los incendios sucedió cuando los varones todavía tenían alas. Es decir, en los tiempos remotos. De noche la gente veía el fuego en el horizonte y lloraba. Fueron más de dos años de incendio, y el hechicero que anunciaba la llegada del fuego seguía insistiendo que se aproximaba. Por fin hicieron su aparición distintos enjam-

⁸⁵ Togheshic..., op. cit., 51.

⁸⁶ Mashshnek: «La economía de los Mataco...», 57.

⁸⁷ Togheshic..., op. cit., 51.

⁸⁸ Idem, 51.

⁸⁹ Idem, 51.

⁹⁰ Idem, 44.

bres, animales feroces y jabalíes que cruzaban junto a la aldea⁹¹. No había escapatoria. Uno de ellos recibió un mensaje: meter debajo de la tierra a la gente, y que todos llevaran «barro en los bolsos, para que cuando sientan el calor del fuego, con el barro revoquen las paredes de la tierra»⁹². Los enterrados se salvaron, y los que quedaron sobre la tierra murieron todos. Entre chorotes y maticos existe también la narración oral del fuego durante la época de los cuasihombres. Se habrían refugiado bajo la tierra y al salir ya estaban transformados en hombres⁹³.

Se trata de un desastre ecológico prodigioso, ocurrido en algún momento en el Gran Chaco, y probablemente apoyado por una intensa sequía. La visión nocturna del fuego en el horizonte es dantesca. El fenómeno pudo ocurrir varias veces, y uno de ellos ser más cercano, porque aparece la categoría del tiempo, no ya protohistórico, sino histórico: dos años llorando por las noches⁹⁴. Medidas verificables. Un sistema, una escala, un cotejo nacido después de la segunda división del trabajo, la exclusión del poder femenino y el tabú al canibalismo. La catástrofe quedó registrada de una manera poderosísima en la memoria. La oralidad la subsumió, la integró a la vida, a los miedos, al pavor. Una calamidad, una devastación en la biosfera que pudo acabar con la etnia, cuando ella era la humanidad. La cultura registraba de una manera dolorosísima el evento.

Se buscaron respuestas desesperadas y alguien «inventó» el agujero y el cargar barro para revocar las paredes. Después llovió intensamente. El guía se asomó fuera del pozo y se cubrió los ojos para no ver cómo la tierra tocaba el cielo de un extremo a otro, porque todo era ceniza⁹⁵. Bajó y recomendó a los que subiesen, no levantar la vista enseguida para no transformarse en animales. Los que se atrevieron a ver, se transformaron entonces en ciervos, avestruces... ¿Por qué la fantasía simbólica penetra al relato toba cuando los hechos tenían una lógica histórica sin demasiadas fisuras? Es posible que se tratara de buscar una ocasión para plantear el origen de todas las demás especies animales. La negación del saber es la condición para quedarse hombres nomás. Es posible una mutación superior. La fase histórica más desarrollada del incendio pone en jaque a la hominización. Tal vez el incendio pudo ser provocado por el mismo hombre. El relato se vuelve fantástico, pero su conexión con la realidad es filosófica. El grosor del simbolismo es demasiado amplio para un solo relato oral. Aparecen las variaciones, algunas de las cuales tratan de contradecirlo. Simbolismo estridente, la megaunicidad de la crisis es tan grande como la desesperación, las alucinaciones y las histerias colectivas. Producción multifacética de mitemas, creencias y supersticiones. La tribu volvió a hacerse numerosa y a separarse en comunidades⁹⁶. Más tarde hubo otro incendio de igual magnitud⁹⁷.

⁹¹ Idem, 45.

⁹² Idem, 46.

⁹³ Mashshnek: «Mitología de los Maticos...», 35.

⁹⁴ El número dos se repetirá en otro relato: dos días...

⁹⁵ Toguésic..., op. cit., 46.

⁹⁶ Idem, 47.

⁹⁷ Idem, 48.

En las categorías vinculadas al tiempo, no aparecen los meses, los días; excepcionalmente, los años. Es una sucesión de épocas con cambios en el ecotono, provocadora de nuevas modificaciones sociales y mentales. Substitución de poblaciones circunstanciales por otras más estables. Las categorías de espacio son inexistentes. El espacio es todo. No se sabe en qué mundo se mueven estos hombres, ni dónde está ubicado, ni próximo a qué otros. Sólo se advierte que hay un río grande, que se desborda a veces dramáticamente. Hay un bosque, no hay montañas, ni siquiera pequeñas elevaciones, porque cuando sobrevienen las inundaciones no queda más que trepar a los árboles. En el Chaco central las descripciones modernas de las inundaciones resultan pavorosas. Primero ventarrones, luego una calma, mientras los viajeros buscaban un sitio un poco más alto e inexistente. (Por lo general, un hormiguero abandonado). Allí acumulaban sus objetos dispersos. Al viento sucedía la andanada de pedriscos de hielo partiendo las copas de los palmares y árboles, rodando éstos hacia el suelo. El *huracán* levantaba a los murciélagos en desbande. Empezaba la lluvia izando un vaho denso desde la tierra hirviente. Los animales se encogían y tiritaban. Agarrotaba el frío, pero la ropa de las cabalgaduras quedaba empapada. Los hombres se desnudaban helados intentando conservar algunas prendas secas. Entonces las ranas se acercaban anunciando el bañado. El agua se elevaba lentamente sobre el llano del monte sin fin. Con la creciente venían gritando animales que trataban de refugiarse en los sitios elegidos por el viajero. Éste debía espantarlos a balazos, entre ellos a los yaguares. El agua, color chocolate, continuaba subiendo mientras algunos animales combatían por un lugar indefinible para estar a salvo. El bañado podía permanecer estable uno o dos días con sus noches. Los viajeros (por el Chaco, casi exclusivamente, se transitaba) dormían sentados sobre los caballos o las mulas, atormentados por los calambres y el frío, hasta que caían al agua⁹⁸.

El proceso de formación y el desarrollo de la categoría de causalidad transcurrían en estrecha vinculación genética con el de las categorías del movimiento, espacio y tiempo. La categoría del tiempo preparaba a la de la causalidad. Un tipo de relaciones inasequibles para los sentidos, son los órdenes de causa y consecuencia. Que las cosas no sólo se encontraban las unas al lado de las otras y que, en general coexistían, sino que entre las cosas vivían otras relaciones más profundas e imprescindibles. De la coexistencia espacial de las cosas se pasaba a las relaciones de los fenómenos en el tiempo, o de secuencia desde lo uno hacia lo otro⁹⁹. Este fenómeno de secuencia que llevaba a la formación de la categoría de causalidad, se expresaba en las calamidades naturales. Ellas significaban la condición del hambre. Poco después la sociedad tribal toba se partía para evitar nuevas

⁹⁸ Federico Gauffin (1932): En Tierras de Magu-Pela. Salta, edición de la Fundación Michel Torino, 1975, 40-44. El relato hace referencia al Chaco de los palmares de 1900.

⁹⁹ Aparecen en la lengua en la multifuncionalidad de la preposición *por*, que se emplea tanto en las relaciones de espacio y tiempo como en las de causa.

hambrunas. Es decir: debían, por esa vía, concluir implícitamente que no había una causa sino dos: la catástrofe y una gran población. Frente a las hecatombes naturales que conducían al canibalismo, iniciaban la respuesta mítica. Pero ante la cuestión de la superpoblación cabían respuestas reales, no ideales; entonces fracturaban los clanes. Mito y división son parte de una formación elaborada y profunda de la categoría de causalidad. Sólo que el mito fabricaba al revés, a la causalidad: *porque comimos carne humana hubo catástrofes*. En tanto la respuesta real salvaba al grupo, la respuesta mítica fijaba conductas morales y el deber. El deber era la expresión moral de la necesidad social. ¿Por que el mito debía ser una imagen invertida de la causalidad? Porque su función era la de sostener lo que no podía explicarse: el canibalismo que conducía a catástrofes naturales. El nexo invertido creaba otro mundo, descomponía la realidad según lo que se pensaba de ella y se creía que ella era. Si la sucesión hubiese sido: canibalismo conduce a quiebres sociales, el proceso de toma de conciencia de esto habría resultado larguísimo, penoso y finalmente quizá la devastación ocurriría de todos modos, antes de que su comprensión se hubiese generalizado. Se necesitaba algo rápido, expeditivo, que generase tanto pánico como desconcierto. La conciencia mitologizada es la modificación posterior de la personificación y de la fetichización de las cosas. Continúa la personificación en el grado más alto de la abstracción y generalización, coexistiendo con el fetichismo. Las fuerzas mitológicas comenzaban a producir resultados sobre el destino del hombre ya no a través de los objetos o las palabras, sino directamente, como de los hombres sobre los hombres.

Después de los incendios llegó una gran tiniebla. Pero antes de ella apareció un perro sarnoso que pasó por varias aldeas tobas. Otra vez el desenlace es puesto como origen, la mentalidad mitologizante ahora parece normal. A cada acontecimiento se le buscan dos respuestas. La efectiva o práctica pero teñida de pequeñas experiencias teóricas, y la mitológica donde la teoría se ha separado de la praxis activa e impresiona como que las ideas sobre las cosas crean las cosas.

Todos arrojaban piedras al perro sarnoso. Llegó entonces a la última choza de un matrimonio sin hijos¹⁰⁰. Lo tomaron y colocaron junto al fuego. Por la noche «apareció un mensajero» de ropas maravillosas, que les indicó trozaran leña del árbol *Francisco Álvarez*. Sólo ése, y la apilaran hasta una cierta altura. Después de dos días de oscuridad, ya podrían quemar leña para cocinar. Al día siguiente hubo una llovizna. La gente que no lograba que la leña ardiera recurrió al matrimonio del perro sarnoso. Qui-sieron asar con la leña de *Francisco Álvarez* acumulada, pero el matrimonio se los impidió. Se trata de la madera usada por los tobas para encender el

¹⁰⁰ Togueshic..., op. cit., 48.